

18631

Foll  
002  
4/lej2

18.631



OFICINA DE EDUCACION  
IBEROAMERICANA

REPUBLICA ARGENTINA  
SECRETARIA DE ESTADO DE CULTURA Y EDUCACION

UNION PANAMERICANA  
DEPARTAMENTO DE ASUNTOS  
EDUCATIVOS

**CURSO LATINOAMERICANO DE DOCUMENTACION E INFORMACION EDUCATIVA**

**EL ORIGEN DE LA DOCUMENTACION**

*BRUNO BALBIS*

SIE/DOC/CLDIE/DP/9(200)



centro nacional de documentación e información educativa

INV	018631
SIG	Foll 002
LIB	5 / yj2

18.631

Santa Fe, Centro de documentación e información  
de asuntos municipales doctor Alcides Greca, 1965  
(Serie A: Bibliotecología y documentación. Estudios  
y trabajos, 1)

**SUMARIO:** Definición de la documentación. — Causas determinantes de su origen: enorme desarrollo de la ciencia, nuevas exigencias del lector, material heterogéneo de investigación y de estudio, estructura anticuada de la biblioteca, importancia y difusión de la prensa periódica. — Fundación del Instituto Internacional de Bibliografía. — Nacimiento de iniciativas análogas. — Actividad del Instituto. — Aparición de la palabra "documentación" en las actas oficiales del Instituto. — Organización y desarrollo del Instituto. — Primer Congreso Internacional de Documentación en París. — Transformación del Instituto en la actual Federación Internacional de Documentación. — Características y finalidad de la documentación.

La documentación es, según la definición uno de los mejores documentalistas —Bradford—, "la técnica de recoger, analizar y hacer rápidamente accesible, los resultados de la actividad intelectual en todo campo del saber".

Algunos estudiosos han afirmado, que el nacimiento de la documentación se remonta a 1770, cuando el Abate Rozier, adoptó por primera vez, la ficha, en la compilación del catálogo de las publicaciones científicas de la Academia de la Ciencia de París. En realidad, sólo hacia el final del ochocientos, de aquel siglo que señaló el triunfo de la ciencia pura y de sus múltiples aplicaciones en la técnica y en la industria, se comenzó a imponer primero, la necesidad de modernizar y agilizar la estructura pesada y lenta de la biblioteca y después, en relación a los problemas cada vez más apremiantes que venían madurando en los distintos sectores intelectuales, la oportunidad de recurrir a una nueva técnica bibliotecológica que constituyese una evolución y un perfeccionamiento en la técnica bibliográfica y que fuera una especie de "memoria gráfica de la humanidad pensante" (P. Otlet).

Al público habitual de estudiosos, asistente solícito a la biblioteca —que con mucha paciencia esperaba la búsqueda del material bibliográfico necesario para sus trabajos— sucede, hacia fines del 800, un público bastante heterogéneo y siempre creciente, compuesto principalmente por técnicos, profesionales, industriales y periodistas, el que apremiado por la exigencia de un trabajo dinámico, tenía necesidad de una información rápida, completa, actualizada y sintética. Las conquistas de la ciencia y de la técnica habían extendido de tal modo los límites de lo conocido, que se sintió la necesidad absoluta de la especialización en cada sector del saber. Tal fenómeno, determinó que la noticia extraída del volumen y de la ficha pacientemente reunidos, el uno en el estante y la otra en el catálogo de la biblioteca, no fuesen ya suficientes. Es por ello que los nuevos lectores comenzaron a exigir una información de naturaleza extremadamente sutil; se hizo frente, pues, a una serie de pedidos consistentes en un material tan heterogéneo como artículos de periódicos, catálogos industriales, estatutos de sociedades comerciales, patentes, discos gramofónicos, filmes, etc., tanto que, muchísimas bibliotecas, aún las mejores organizadas, no estuvieron ya en condiciones de atender las nuevas necesidades del público.

Particularmente en Europa, las bibliotecas de predominante tradición humanista, habían llegado a ser organismos apacibles y lentos en su estructura burocrática y no podían responder a las nuevas exigencias del investigador. Tales bibliotecas cumplían, sin embargo, con una particular función: no obstante el vacío y el estado de desorganización

que muchas presentaban, no se podía negarles la contribución considerable que prestaban a las personas doctas y a las exigencias de la alta cultura. Aunque la erudición humanística y la mentalidad burocrática de muchos bibliotecarios impedía la intuición de los nuevos problemas organizativos que estaban madurando en el campo intelectual; aunque los restantes con espíritus más preparados y evolucionados, se hubieran dado cuenta, no habrían sabido resolverlos, dado la imposibilidad práctica de incluir nuevos servicios, en locales e instalaciones muchas veces ya insuficientes para la ejecución del trabajo normal. Por otra parte, el mismo desarrollo de los catálogos ordinarios de las bibliotecas, avanzaba muy lentamente tanto que, hacia la mitad del 800 ninguna biblioteca importante disponía de medios para poder saber con rapidez y seguridad, cuáles eran las fuentes informativas sobre un particular asunto. Sólo el gran bibliotecario italiano Antonio Panizzi, desterrado feliz, había llamado desde Londres la atención de los bibliotecarios, sobre la oportunidad de compilar el catálogo de asuntos. También Edward Edwards había examinado con mucha atención tan grave cuestión, pero sin llegar a alcanzar conclusiones de carácter práctico. En 1873, Melvil Dewey, ideó el uso de una clasificación uniforme del conocimiento en base a una subdivisión decimal dotada de una expansividad también decimal, y de un índice alfabético de los respectivos símbolos, en función representativa del asunto específico. La idea de un sistema de clasificación decimal no era del todo nueva, por cuanto La Croix du Maine, en 1583, había propuesto para ordenar la biblioteca de Enrique III, un sistema de clasificación análogo. Sobre este particular el ilustre bibliógrafo italiano Giuseppe Fumagalli desmintió lo que había afirmado el mismo Dewey, de haber encontrado el primer germen de su sistema en el opúsculo de Natale Battezzati "Nuovo sistema di catálogo bibliográfico generale" (Milano, 1871), dado que Battezzati no había pensado elaborar un nuevo sistema de clasificación y menos aun un sistema decimal, aconsejando, en cambio, el sistema francés de Brunet. Fumagalli opinaba que uno de los más antiguos antecedentes de un sistema decimal, está contenido en un raro libro de J. B. Hébert que lleva el siguiente título "Essai sur la formation d'un catalogue général des livres et mss. Existant en France á l'aide de l'immatriculation" (París, 1848). Años de estudio, habían convencido a Dewey que la utilidad de una biblioteca podía ser muy acrecentada sin un sensible aumento de gastos, con la adopción de una clasificación de materias debidamente desarrollada, por medio de la cual, los asistentes a la biblioteca, podían proveerse rápida y directamente de los documentos reunidos sobre el asunto que deseaban estudiar, o sobre el cual deseaban tener simplemente información. La idea de Dewey fue aplicada por primera vez en 1873 en la Biblioteca del Colegio de Amhurst de Massachussets. Este acontecimiento señaló la iniciación de una nueva era en la organización moderna de la biblioteca norteamericana, pero dejó por largo tiempo indiferentes, y luego decididamente hostiles, a muchos de los más notables bibliógrafos europeos, en particular alemanes e italianos. Tal actitud, que era por lo demás justificable, dado el particular carácter de la formación cultural europea, no sirvió sino para acelerar la solución de los urgentes problemas que se estaban presentando al mundo bibliotecario.

Por otra parte, entre 1847 y 1887, por obra de Mergenthaler y de Lanston, fueron creadas las dos grandes máquinas compositoras para la impresión; la linotipo, que consiste en obtener un lingote de determinada longitud, y la monotipo que permite componer y fundir caracteres móviles; tales máquinas aportaron una contribución decisiva y poderosa al aumento, siempre creciente, de la producción librera mundial. Mientras tanto, el dinámico progreso científico exigía que los nuevos hechos y los consiguientes descu-

brimientos, fueran rápidamente presentados al nuevo lector; el conjunto de libros y el mismo no respondían ya a tal fin. Las nuevas observaciones, nuevos descubrimientos, venían citados en efecto, más rápidamente en las publicaciones científicas periódicas, que en los libros, los cuales servían mejor al estudio de un asunto, que para seguir su continua evolución. Es apenas posible valorar la importancia de la transformación que tuvo lugar en el desarrollo científico, desde que comenzaron a difundirse y multiplicarse por doquier los periódicos de carácter científico. Desde el descubrimiento de la imprenta, ninguna conquista ha significado, acaso, progreso mayor y más visible en la organización de la ciencia, que el de la creación de semejante medio útil a la difusión del conocimiento y al contacto mismo entre los hombres de ciencia. El material científico se venía así difundiendo día a día, en amplia corriente, a través de los innumerables periódicos que aparecían en los más importantes países del mundo. No hay duda, que el medio más importante y rápido para registrar un progreso, es la prensa periódica, la cual, sin embargo, provee la información en forma más irregular e incoherente que el libro, tanto que, sin una expresa y experta guía, no es posible obtener una clara y sintética visión. Ahora, hacia el fin del 800, el aluvión de la literatura periódica científica había acabado por desorientar al público lector, que buscaba ansiosamente un medio para estar al corriente, de la marcha del progreso humano. La primera revista que, explorando los varios campos del saber, recoge y resume los más importantes escritos publicados en los periódicos científicos, fue el "Pharmaceutisches Centralblatt", luego "Chemisches Zentralblatt", la cual inició su publicación hacia el año 1830.

Todavía más, el variado y complejo material documentario, compuesto por discos gramafónicos, filmes, catálogos industriales, patentes, dibujos, etc., había ido de tal modo aumentando que hizo imposible al especialista, la recopilación en el propio estudio. He aquí porqué, frente al alud semejante de noticias y textos documentarios de naturaleza tan diversa, se impuso la urgente necesidad de resolver el problema de la creación y de la organización de un ente, integrador y amplificador de las bibliotecas, que fuera capaz de controlar y utilizar la enorme masa de los documentos.

Fué, precisamente con tales propósitos, que en 1895, al finalizar el Congreso Internacional de Bibliografía de Bruselas, los señores Otlet y La Fontaine, quienes habían ya fundado en 1891 la Oficina Internacional de Bibliografía, reconocida oficialmente en aquel mismo año 1895, decidieron crear el Instituto Internacional de Bibliografía.

El mismo tuvo los siguientes fines principales: 1<sup>o</sup>) perfeccionar y unificar los métodos bibliográficos y, especialmente, la clasificación; 2<sup>o</sup>) organizar la cooperación para elaborar y formar trabajos y colecciones (bibliografía general y especial, sistemática y alfabética), especialmente un repertorio bibliográfico universal; 3<sup>o</sup>) instituir para tal fin un centro internacional de coordinación (para establecer la colaboración entre quienes compilan trabajos bibliográficos); 4<sup>o</sup>) asegurar a los intelectuales el uso de las colecciones, especialmente la provisión de copias y de extractos; 5<sup>o</sup>) multiplicar en todos los países del mundo los servicios bibliográficos documentarios.

Entre tanto, en el mismo año 1895, aparecía en Zurich, el "Concilium Bibliographicum", creado por el doctor Herbert Field, con el apoyo y el concurso de algunas sociedades zoológicas de varias naciones, que tenía por fin reunir, ordenar y difundir todo el vasto material de documentos relativos a tal ciencia.

En el año siguiente, nacía en Londres el "International Catalogue of Scientific Literature", basado en la colaboración de un cierto número de organizaciones nacionales, a las que competía la tarea de clasificar la literatura científica de la nación a que pertenecían; pero la primera guerra mundial puso fin a esta obra, que hubiera podido representar el punto de partida para una organización de la documentación.

A principios del siglo, iniciativas semejantes se hicieron cada vez más numerosas, algunas fundadas sobre una base nacional (horizontal y cuya actividad se realizaba sobre todas las ramas del conocimiento humano; otras sobre una base internacional (vertical) referentes a la documentación de una sola ciencia; estos dos planos de organización "nacional u horizontal", "por especialidad o vertical", se complementaban lógicamente el uno con el otro.

En principio, el Instituto Internacional de Bibliografía, que estaba compuesto por miembros individuales, concentró su actividad sobre todo en la compilación de un repertorio clasificador de la bibliografía internacional uniforme: la clasificación decimal universal. El Instituto reelaboró la clasificación de Dewey, clasificación universal, internacional y enciclopédica, a veces particular, a veces general y documentaria, en el sentido que puede aplicarse a la clasificación de cualquier especie de documentos. Las bases de esta clasificación han sido largamente elaboradas en las conferencias internacionales del Instituto en los años que van de 1895 a 1910.

Interesante y rica fue, pues, la actividad editorial que el Instituto ha desenvuelto en su primer año de vida; en las páginas del boletín y de las publicaciones, aparecieron diversos estudios de carácter teórico y práctico relativos a problemas bibliológicos y bibliográficos. Rápidamente, sin embargo, la palabra "bibliografía" no respondió más a las exigencias de los documentalistas, porque se encontró una limitación a sus múltiples y variadas investigaciones, casi en todos los sectores de la organización científica del trabajo intelectual. El año 1907 señala, con relación a esto, una fecha importante en la historia de la documentación, porque aparece, por primera vez, en una publicación oficial del Instituto la palabra documentación, entendida en el sentido moderno. Ella se definió como "el conjunto de todas las fuentes gráficas del saber, o sea la masa de documentos de cualquier género, impresos o escritos, en los que nuestro conocimiento se origina, toma consistencia, estabilidad". Se puede decir que, desde aquella fecha, la historia de la documentación se identifica con la historia del Instituto mismo.

En este mismo año, Goldschmidt y Otlet, publicaron en la revista del Instituto, su primer estudio relativo a la microfotografía, al libro microfotografiado y a la fotoreproducción del material documentario, no ya sobre papel sensible, sino sobre tiras de celuloide, mediante aparatos apropiados para el registro y la lectura.

Echadas las bases del nuevo e inmenso trabajo, el Instituto convocó en 1908, a una conferencia internacional de bibliografía y documentación, en la cual fueron discutidas, entre otras, las reglas para la unificación en el campo de las bibliotecas y de la imprenta.

En 1910 el Instituto organizó un Congreso Internacional de Bibliografía y Documentación cuyo temario comprendía, entre otros asuntos, la ciencia del libro y del do-

cumento, la organización, convenciones colectivas y la cooperación en materia de documentación, el método documentario y la bibliografía crítica.

Desdichadamente, la fecunda actividad del Instituto fue completamente interrumpida en 1914, con el estallido de la guerra mundial. La forzada suspensión duró hasta cerca de fines de 1920, año en el cual fue convocada la primera reunión del Instituto. No obstante, aún los primeros años de la segunda etapa fueron penosos y poco fructíferos, porque la cooperación intelectual exigía fórmulas nuevas de investigación y de estudio, más adecuadas a las necesidades de la clase intelectual europea. Entretanto, en 1921, fue fundado en La Haya el Instituto holandés de Documentación y en 1924, en Londres, la Asociación de Bibliotecas Especializadas.

Los trabajos relativos a la preparación de la nueva clasificación decimal se hicieron más eficaces mediante la constitución, en 1923, de una comisión internacional especial que tuvo la tarea de preparar una segunda edición completa de la obra de Dewey. Tal obra fue terminada en 1933: de ella se imprimieron ulteriores ediciones en lengua alemana, francesa e inglesa.

En los años comprendidos entre 1927 y 1935, el Instituto organizó una serie ininterrumpida de conferencias internacionales en Bruselas, Londres, Zurich, La Haya, Francfort del Mein, Bruselas y Copenhague; en ellas, volvieron a discutirse especialmente los problemas relativos a la unificación en el campo de la documentación, a la organización de los centros de documentación, a la terminología documentaria, a los problemas jurídicos sobre la protección de los derechos de autor y a algunos aspectos nuevos de la ciencia del documento o documentología. Sucesivamente, el Consejo del Instituto propuso dar a su estatuto una base federativa; a menudo se discutía la oportunidad de organizar la documentación por agrupamientos nacionales, organización horizontal, o por agrupamientos internacionales especializados, organización vertical; el Instituto decidió combinar las dos formas de organización y reunir los organismos nacionales con aquellos internacionales. Fue precisamente de esta feliz fusión que surgió la idea de tejer una verdadera y propia red mundial de documentación, con perspectivas de gran desarrollo. Para aumentar el número de personas que pudieran aprovechar los trabajos del Instituto, fue concedida la adhesión, como miembros asociados, además de las personas físicas, a las personas morales: asociaciones, entes culturales y científicos, bibliotecas.

En 1930 el nombre del Instituto de Bibliografía se cambió por el de Instituto Internacional de Documentación; también la sede fue trasladada de Bruselas a La Haya.

En 1937, tuvo lugar en París, en la sede de la Oficina Internacional de Química, el Primer Congreso Internacional de Documentación, en el que participaron los representantes de 45 naciones, congreso que señaló una etapa importante en la historia de la documentación. En aquella ocasión, los principales aspectos y los problemas fundamentales de las fuentes, formas y organización de tal técnica, fueron ampliamente discutidos por expertos y notables documentalistas, bibliógrafos y bibliotecarios. Los trabajos, sucesivamente reunidos en un grueso volumen al cuidado de la Federación, se desarrollaron siguiendo un riguroso y orgánico plan, que se dividía en cinco grandes secciones:

- 1) la producción de los documentos: elaboración de los documentos, edición de los documentos;
- 2) reunión de documentos: investigación y relación de documentos, registración de documentos, conservación de documentos;
- 3) La obra documentaria: elaboración de la documentación, difusión de la documentación; formas y organismos de la documentación, utilización de la documentación;
- 4) la organización administrativa y técnica: la organización administrativa, la organización técnica, el edificio, equipamiento y medios;
- 5) la red mundial de documentación: centros, uniones, oficinas de documentación.

El volumen de las Actas del Congreso —dividido en tres partes: informes preliminares; resumen de los trabajos; texto de las comunicaciones constituye hasta hoy una óptima y preciosa fuente de noticias, en útil instrumento para el estudio de la documentación.

En 1939 fue realizada en Zurich la última conferencia del Instituto (que desde aquel año tomó el nombre de Federación), antes del comienzo de la segunda guerra mundial, que nuevamente lo constriñe a una forzada suspensión de sus actividades, hasta fines de 1945. No obstante, el periódico de la Federación continuó apareciendo en Berna, aunque irregularmente, por iniciativa de las autoridades suizas en los años 1944 y 1945.

La Deutsche Gesellschaft für Dokumentation convocó en Salisburgo, en setiembre de 1942, una convención de particular importancia en la que tomaron parte representante de 10 naciones. Tal reunión, llamada "Arbeitstagung", fue sostenida totalmente en lengua alemana por relatores alemanes: fueron leídas y discutidas por los más notables documentalistas y documentadores alemanes importantes y numerosas comunicaciones referentes en particular: a los sistemas usados para la conservación documentaria (mecánico, fotoeléctrico y magnético); a los procesos fotomicrográficos; a la documentación en relación con las estadísticas; a los nuevos tipos de archivos y las funciones de los archivos del Estado, considerados no ya como bibliotecas o institutos de cultura, sino como entes administrativos en colaboración con otros organismos del Estado.

Terminada la segunda guerra mundial, la Federación convocó nuevamente la conferencia internacional anual; en 1946 en París; en 1947 en Berna, en 1948 en La Haya, en 1949 en París y en 1950 en Ascona. En este mismo año, también en Alemania, fueron realizados, siempre por iniciativa de la Deutsche Gesellschaft für Dokumentation y con la cooperación de la Deutschen Normenhausschusses, una serie de importantes conferencias sobre los más actuales problemas de la documentación; en tal ocasión fué preparada, igualmente, una muestra referente a los medios técnicos.

Estas conferencias demostraron la vitalidad y la actualidad de todos los problemas documentarios y señalaron la continua y rápida evolución cumplida por tal técnica en los principales países del mundo. Lo confirma el hecho de que, actualmente, no existe nación civilizada que no tenga su centro nacional de documentación y que no busque equipararlo con medios adecuados. También los organismos de producción científica e industrial públicos o privados, han organizado o reorganizado sobre bases más sólidas, sus oficinas de estudio e información. Así está reconocido que la base de cualquier trabajo constructivo es el estudio y la aplicación de la documentación, la que deriva de la necesidad de ordenar los procesos de adquisición, conservación, resumen e información según el pedido de los interesados, de libros, artículos, informes de datos y documentos de cualquier especie. La documentación, según Bradford, representa el proceso por medio del cual el documentador, o sea aquel que produce documentación, se pone en condiciones de ofrecer al especialista y al intelectual, la literatura existente sobre el tema de su investigación, de modo de informarle plenamente, sobre los resultados precedentemente alcanzados en ese campo, evitando de tal modo desperdiciar su ingenio en un trabajo ya anteriormente desarrollado por otro. Esta nueva técnica, viene a ser el fruto de una correlación entre la obtención de un resultado y la colocación del mismo en manos de un individuo que lo usará como base para una nueva conquista del pensamiento humano.

Se puede por ello afirmar, con el documentalista R. Pages, que "en la tecnología cultural moderna la documentación, es para la cultura, como la maquinaria para la industria".